



El mito del amor¹

Louis Jean François Lagrenée / Cupido y Psique / 1767 / óleo sobre tela / 55 x 71 cm

Fania Castillo²

Recibido: 30-06-2023

Universidad de Los Andes, Venezuela

Aceptado: 18-08-2023

Fundación Cultural Bordes

fundacion@bordes.com.ve

Resumen: Ensayo sobre el amor y lo sagrado, alrededor del mito del andrógino como expresión de unicidad y plenitud. Reflexiones sobre la persistencia del fenómeno del enamoramiento en la actualidad, aun variando sus formas, como expresión de un arquetipo, la antigua búsqueda de negación de todo límite y separación.

Palabras claves: Mito; amor; andrógino.

The myth of love

Abstract: Essay on love and the sacred, where the androgynus myth is an expression of unity and wholeness. Reflections on the persistence of love today, even with changes in its presentations, as manifestations of an Archetype, the ancient search for a negation of separation and limits.

Keywords: Myth; love; androgynous.

1. Ponencia presentada en el **XIV Seminario Bordes: El andrógino, paraísos perdidos y anhelo de plenitud**. Celebrado los días 17 al 19 de agosto del 2023 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira- Venezuela. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=1bhgJ4MFB9U>

2. Psicóloga (UCV), Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA), Directora de la Fundación Cultural Bordes. Psicoterapeuta. ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-8498-0702>.

En estos tiempos, decir “el mito”, en singular, es arriesgado. Si hay algo que caracteriza a lo que algunos llaman *postmodernidad*, es la conciencia de la multiplicidad de discursos. Hay tantas historias como relatores, y en las culturas predomina el cambio constante, las migraciones y mestizajes, sincretismos e hibridaciones.

Después de todo, hay distintas concepciones de la pareja y las relaciones. La asociación del matrimonio con el amor es bastante reciente en la historia del acontecer humano, según los relatores de Occidente, quienes lo consideran una herencia del Romanticismo (Rougemont, 1979). Aunque se encuentren registros de rituales de casamiento desde hace más de cuatro mil años, en la mayoría de culturas las evidencias apuntan a una funcionalidad socio-política y económica de estos nexos cada vez más normados.

Sin embargo, las evidencias de una tendencia a formar parejas en distintos lugares del planeta entre los primeros homínidos, al menos desde el Neolítico, así como la presencia de relatos míticos sobre el amor y la sexualidad en todas las culturas de las cuales se tiene conocimiento, tantos como los mitos sobre la muerte y el origen, son suficientes para concluir que el amor es uno de los grandes temas humanos, de interés para académicos, artistas y humanistas. La media naranja, alma gemela, príncipe azul o mujer ideal. Mi “costilla”. Ese ser único, creado especialmente para mí.

Es curioso que, en este mundo profano, donde se han derrumbado tantos ídolos y se aplauden las críticas y burlas a templos, banderas, héroes y otros símbolos, siga vivo este mito. Con sus detractores, por supuesto. Pero aún con el des prestigio del matrimonio, eclesiástico o civil, convertido para muchos en trámite burocrático o exhibición de impostura social, parece que seguimos soñando con ese Otro que se complementa perfectamente conmigo, destinado a cumplir un papel significativo en mi vida.

La noción de amor es mítica y pertenece al ámbito de lo sagrado, proponemos acá, sin entrar en el terreno de un debate sobre verdades o mentiras. La equivalencia de la palabra mito con ficción o cuento fabulado es una construcción social, usada para elevar la palabra “científico” a la categoría de exacto y cierto, otra forma de “verdad”.

Según Mircea Eliade (1998), entre otros estudiosos de estas cuestiones, lo sagrado tiene que ver con la heterogeneidad del mundo. Una diferencia notoria entre sagrado y profano es la diferencia entre Caos y Cosmos. Entre uniformidad y distinción. Dotamos de sentido el universo, es decir, lo sacralizamos. Cuando decimos: este es mi hogar, aquí el templo, allá la plaza y el teatro.

Siguiendo este flujo de ideas, para el profano cualquier pedazo de tierra, cualquier cama, cualquier hombre y cualquier mujer dan lo mismo y son intercambiables. La idea de convivir y tener relaciones sexuales con una sola persona por mucho tiempo es contradictoria con la dinámica del deseo: fluctuante, móvil, que se alimenta de la falta, del misterio. La proyección de fantasías que hacemos sobre el Otro para construir un enamoramiento, tiende inevitablemente a caer en desilusión cuando entramos en contacto con sus miserias y mediocridades cotidianas.

Y, sin embargo, seguimos buscando. Anhelamos a ese Otro que nos complemente y construimos hogar, proyectos, alrededor de la pareja. No me atrevo a emitir juicios sobre esta tendencia. Ni a favor ni en contra. Pero la reflexión es pertinente. En una época de pérdida de sentido, de ironía y desilusiones, donde reinan el escepticismo y el sarcasmo, el amor parece un mito aún vigente.

¿O quizás estamos viviendo sus últimos estertores? Un intelectual polaco residenciado hace muchos años en Inglaterra, Zygmunt Bauman, se sorprende de cómo aquellas fotos familiares tradicionales junto al caballo y el perro, animales nobles que se veían envejecer junto al niño que va creciendo en el álbum (al menos es la imagen literaria que algunos manejamos de los ingleses), en esta época son inexistentes. Los niños van cambiando de mascota como de video juego, según los vaivenes de la moda. Este y otros ejemplos los usa en su libro *Amor Líquido* (2005), donde discurre en torno a la fugacidad de las relaciones contemporáneas.

Quizá sea el destino de Occidente la desacralización absoluta, la pérdida de la intimidad y del amor; y como occidentales de segunda nos va llegando más lento, al igual que tantas gracias de la Modernidad. Lento o transfigurado y mestizo, emparentado con las nociones de amor o relación americanas y africanas, así como ha ocurrido con los dioses, la comida y el idioma.

Pero no parece tanto haber disminuido la propensión a buscar el amor, como aumentado la conciencia de fragilidad de los vínculos, agregando a la intensidad del problema la propuesta de evadir compromisos duraderos y preferir relaciones “libres”, sin descendencia ni comunión de patrimonios. Estas variaciones no han salvado a las parejas (o tríos, o cualquier forma de asociación amorosa) de la corte de demonios de Eros. Aparecen, en cambio, críticas a la puerilidad de ciertas formas de cortejo y celebración sentimental, a las tarjetas, flores, chocolates y sus campañas de mercadeo. Aunque pululan tatuajes y otras sustituciones equivalentes, incluso la vuelta a rituales “paganos” de pueblos casi olvidados, en la ilusión de recuperar la perdida

auténticidad en el pasado. Abundan señalamientos a la institución del matrimonio como contrato con más sentido económico y patrimonial que romántico. Pero la mayoría aún mantiene algún tipo de relación de sentido con estas figuras, aunque puedan haber variado las formas.

En la escucha psicoterapéutica, así como en los públicos confesionarios actuales de las redes sociales, seguimos encontrando viejas pasiones, antiguos temas. Fidelidad, virginidad, posesión, traición, celos, promiscuidad, compromiso, ilusión, eternidad, hogar, matrimonio, amantes secretos... Pareciera, no hay que ser categórico en estos asuntos, que el mito del amor pervive aún. Que es una tendencia si no humana, al menos de nuestra cultura, sacralizar las relaciones y establecer distinciones. Entre esa mujer y las demás. O aquel hombre que no olvido.

Y no se trata de distinciones fundamentadas en la lógica, ni estética ni económica. Esas palabras garabateadas en un cuaderno de liceo que nunca desecharé, aquel primer beso, este árbol donde marcamos nuestras iniciales, nuestra música y ese modo de compartir el desayuno los domingos. El viejo mito del amor parece sobrevivir aún, como manifestación de lo sagrado entre nosotros.

Los valores contemporáneos exigen el cuestionamiento de las creencias, por lo cual nos resulta naturalmente sospechosa la inclinación masiva a seguir buscando el amor como respuesta a la insatisfacción que parece condición esencial de la existencia. Más aún cuando sabemos que se trata de una cura temporal, condenada a la desilusión. Las decepciones y traiciones no parecen tener un efecto sobre la insistencia de esta búsqueda. Al contrario, señalan algunos estudiosos, como Aldo Carotenuto (2001), desde la psicología arquetípica, la traición es inherente y esencial al mito del amor, parte de su ciclo eterno. La proyección de fantasías y expectativas es esencial al enamoramiento, tan inevitable como la caída de los velos. La ruptura del hechizo puede resultar en la separación o en la construcción de un vínculo distinto con el otro, ya desprovistos ambos de sus máscaras y dispuestos a una relación más consciente, no exenta de dolor.

Octavio Paz, aunque pertenece al canon literario del siglo pasado, sigue vigente en sus investigaciones y lecturas sobre sexualidad, erotismo y amor (*La llama doble*, 1993), donde pretende demostrar que existe en todas las culturas una inclinación natural a la atracción y unión con un otro, que genera sensaciones y emociones trascendentales, quien se vuelve único entre la vastedad de seres que nos son prójimo, y de quien anhelamos y muchas veces exigimos atención exclusiva.

Este autor estudia detenidamente el fenómeno amoroso, asociado y a la vez diferenciable de la sexualidad como raíz y del erotismo, cualidad específicamente humana que involucra a la imaginación y representa una trasgresión del instinto en la expresión de sus infinitas posibilidades, que se deslastran de la finalidad reproductiva y pueden prescindir hasta de la cópula, pues se trata de la dimensión del deseo y el placer, originada en el sexo, pero no limitada a éste.

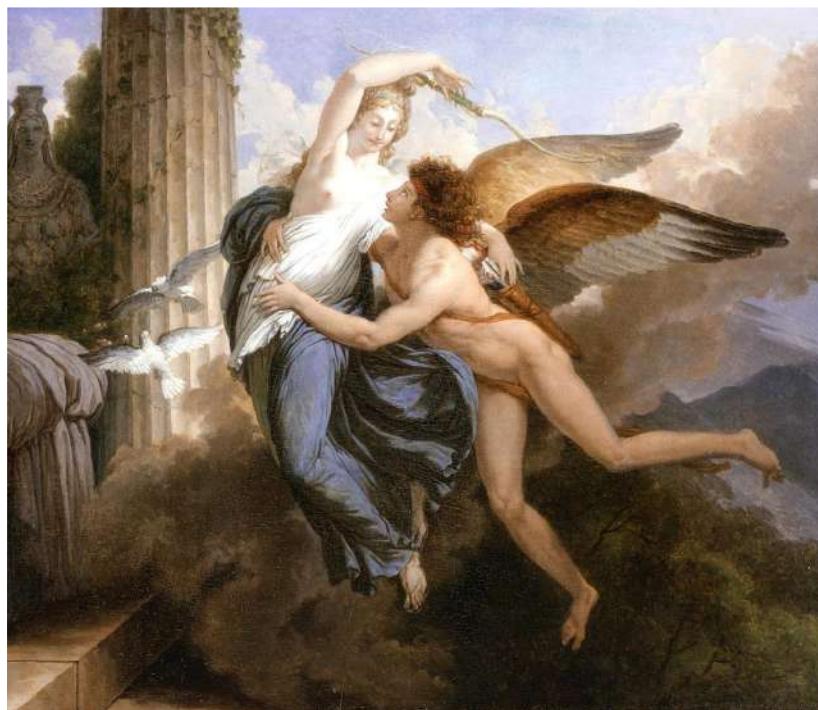
El amor, entonces, si seguimos a Paz y a Jean Libis, menos conocido, estudioso francés del mito del andrógino (2001), sigue siendo relevante en nuestras vidas, y esto no se debe exclusivamente al legado occidental, tampoco a las determinaciones biológicas, aunque ambas sean pilares fundamentales del fenómeno amoroso tal y como se presenta actualmente, en toda su complejidad.

En una lectura cuidadosa de *El Banquete y Fedro* (*Diálogos*, 1998), dos textos canónicos de referencia para quienes acometen este tipo de ejercicios reflexivos, quedan claro que Platón subordina la unión de opuestos o complementariedad de la visión de la “media naranja” a una búsqueda espiritual de lo superior, de la belleza y la verdad, donde el otro concreto y sensible, objeto del amor, es mero receptáculo transitorio.

Pero se ha popularizado más el mito del andrógino que Platón pone en boca de Aristófanes. Esa desazón esencial a la condición humana como una especie de maldición impuesta por los dioses para generar conciencia de nuestras limitaciones, deviene en la desesperación de un anhelo por restaurar la plenitud perdida. No es difícil conectar este relato con el Edén cristiano, en su imagen de un tiempo-espacio que no conoce la carencia y, por lo tanto, está exento de deseo.

De allí podemos llegar a una asociación con el único tiempo-espacio que en la realidad biológica humana tiene estas mismas características: la vida *in-útero*, donde no existe hambre, frío, ni frustraciones. Con nuestro primer amor, la comunicación no hace falta, aunque desde entonces ya la madre interpreta signos y se establece una relación, pero ésta se encuentra aún más en la fantasía y en el lenguaje del otro que espera y construye un sujeto potencial en la imaginación.

El sujeto que se ha ido prefigurando en un nombre o sexo determinados, en el entorno de acogida se irá conformando rápidamente, desde el primer instante de falta: la pérdida del hogar líquido originario, del calor materno, y la desconexión física del cordón umbilical, primera separación y génesis de la subjetividad. La aparición del sujeto entonces está conectada naturalmente a la pérdida y el miedo, emoción primaria de todo infante.



Jean-Pierre Saint-Ours
La reunión de Cupido y Psique
circa. 1789-1792
óleo sobre panel
35.25 x 40.01 cm

Tomará gradualmente conciencia de la diferencia entre sí mismo y el mundo, principalmente a través de la necesidad y el deseo: del hambre, el frío y el apego. Hay un primer Otro fundamental que calma toda angustia, que satisface todas las necesidades, en los mejores casos, aunque será siempre insuficiente, quedará siempre un margen de falta, un espacio de vacío, de ausencia, un tiempo de espera y frustración, un grado de incomprendición. Un límite, por así decirlo, que marcará esa diferencia y en la diferencia definirá los bordes del sujeto, que se va constituyendo en la conciencia de esa separación.

¿Puede explicarse el fenómeno amoroso desde esta visión de nuestros orígenes biológicos? Schopenhauer es más reductivo aún y considera el amor como una trampa biológica, un llamado hacia la reproducción, programado genéticamente por la necesidad de mantener viva la especie (1998). Sin embargo, esto no explica la diversidad sexual, presente no sólo en la especie humana sino en otros animales que también hacen lugar para la búsqueda del placer y el afecto, separados del instinto y el imperativo de procrear.

Cada teoría es una imagen del mundo, y nuestras construcciones subjetivas sobre fenómenos tan complejos como el amor solo pueden partir de un horizonte de sentido que nos viene dado por nuestra ubicación específica en tiempo y espacio, las culturas que nos anteceden y conforman nuestra tradición. Una tradición rica, llena de mixturas y contradicciones.

La diversidad de pueblos que han habitado este planeta tienen igualmente tradiciones diversas en lo que respecta al amor y la sexualidad, sin

embargo, nos arriesgamos a proponer que, aún con grandes diferencias en lo que respecta a ciertos aspectos como los rituales implicados, jerarquías, prohibición o no de incestos, poligamia y adulterio, homosexualidad y otros temas de gran interés cada uno de ellos y objeto de numerosos estudios antropológicos, es innegable su presencia en todas las culturas y todos los tiempos desde que existe el ser humano.

Jean Libis (2001) aporta una revisión invaluable de este fenómeno desde la perspectiva del mito del andrógino, partiendo de fuentes míticas, filosóficas, literarias y sociológicas para concluir con la psicología profunda en que la constancia del andrógino como imagen lleva a la pertinencia de considerarle un arquetipo, tal y como lo entiende Jung en su teoría de un inconsciente colectivo, el cual es común a toda la especie, aunque cargado de contenidos culturales, históricos en cada caso singular, y por lo tanto, en la expresión de unicidad que constituye el sujeto.

Mircea Eliade (1994) ya le da una preponderancia crucial, cuando lo considera la síntesis reconciliadora de todos los opuestos, en otras palabras, prácticamente el símbolo por excelencia de la condición humana, caracterizada por la sensación de desgarro y separación, plagado de imágenes de tiempos o espacios Dorados, constantemente en pugna con un mundo que no funciona según la imagen de su deseo. Pero Libis insiste en no olvidar la naturaleza sexual del mito, aunque admitamos su riqueza metafórica. Recuerda la conciencia de desnudez como esencial a la Caída del hombre en la mitología cristiana y reflexiona sobre la sexualidad como negación del andrógino, a la vez que la única forma de búsqueda posible es también evidencia de su imposibilidad y fuente de sufrimiento y limitación.

Podríamos acotar que el deseo sexual no existe durante los primeros años de vida, y que nos vamos conformando como sujetos sin haberlo conocido. La emergencia de este instinto nos toma a todos de sorpresa y se experimenta como una intrusión, casi como el crecimiento de un nuevo órgano sensorial o función perceptiva, transformando radicalmente tanto nuestra autopercepción corporal como la relación con los otros, en el descubrimiento de sensaciones, imágenes y emociones hasta ahora desconocidas. Desde luego que hay imágenes preexistentes en el lenguaje, en los dispositivos de la cultura, y tenemos preconcepciones sobre el amor, el erotismo y la sexualidad mucho antes de vivirlos en carne propia. Pero la experiencia sensorial y concreta es siempre un hito fundacional de nuestras vidas, y la insatisfacción posterior al primer desengaño puede ser aún peor que la añoranza aún inocente de la fantasía original.



Jean Libis
Francia, 1944



Mircea Eliade
Rumania, 1907 - EE.UU., 1986

Según estos derroteros que hemos tomado, pareciera que el deseo y la falta son inherentes al mito del amor, así como la oposición binaria, trátese de sexos o géneros distintos o meramente otro humano que es mi par y mi contrario, complemento y contradicción, imagen de plenitud y evidencia de mi imperfección, de mi propia incapacidad de estar completo. Algunos dirían que esta dirección está determinada por la cultura occidental y que, por ejemplo, en el taoísmo chino no se trata de dualismo, sino de aspectos armónicos de un flujo universal, pues en la naturaleza no puede existir luz sin sombras o montañas sin laderas.

En esta cultura, la más antigua de las civilizaciones vivas aún hoy, no hay diferencia entre imagen y concepto o escritura, o entre espíritu y materia (Curto, 2000). Sin embargo, es innegable que al menos desde la popularización del confucianismo, se trata de una sociedad radicalmente patriarcal, donde la mujer ha tenido un rol subalterno. Resulta difícil percibir la armonía entre los principios femenino y masculino en sus raíces míticas más antiguas, cuando las expresiones concretas más cercanas que tenemos son los hombres y mujeres reales y sus roles sociales. Es un tema peliagudo, inagotable, que puede cerrarse por diferencias ideológicas o teóricas, visiones de mundo que no logran dialogar. Y es que la historia de la humanidad es una historia de dominación y violencia, no podemos más que preguntarnos si habrá otras formas posibles.

En las más recientes expresiones del feminismo, que ha derivado en radicales cuestionamientos del género como construcción social supeditada a los poderes político-religiosos, podríamos ver otra expresión del mito del andrógino, entendido como negación de la separación y las limitaciones, una sacudida de los viejos yugos. El psicoanálisis es un discurso que se construye sobre la noción de esta “verdad” de un tiempo y espacio determinados, el malestar que genera la cultura al exigir a los sujetos que regulen sus instintos de acuerdo con unas formas específicas, que asignan roles de género muy cerrados y con numerosas y complicadas regulaciones de la vida sexual, especialmente para las mujeres. Ya Marcuse (1981) vio en la apertura hacia la relación con la erótica, Eros como expresión de nuestra fuerza vital, una necesidad política, en la liberación sexual la posibilidad de una mejor sociedad. Desde esta visión revolucionaria y liberadora, las polémicas críticas freudianas son apenas reformistas, ya que en última instancia proponen la necesidad de adaptación a las exigencias de la cultura, a pesar del malestar que genera, en una relación de conciliación, negociadora y lúcida.

Hoy en día podríamos ver en Judith Butler (2006) o en Donna Haraway (1991) las nuevas profetas de una sociedad sin límites, que van pregonando la



Judith Butler (Cleveland, 1956)

Donna Haraway (Denver, 1944)

sublevación contra las fronteras entre los sexos y las especies. La utopía de un mundo que se rija por la cooperación y la simbiosis en lugar de la competencia y la selección “natural” herederas del discurso darwiniano. Confieso que mis simpatías están con estas autoras y sus propuestas, pero siempre con un resto de escepticismo. Soy hija del siglo pasado, del desasosiego y la falta, así como la desilusión de muchas propuestas sociales, políticas, religiosas y amorosas de restaurar la unidad perdida. Tampoco he visto algo distinto en generaciones recientes, si acaso menos propensión a formarse ilusiones de cualquier tipo, pues heredan un mundo hiperfragmentado, que no alberga promesas más que apocalípticas.

Sin embargo, solo puedo hablar desde mi lugar y mundo de vida propios. En otros mundos, otras vidas, están ocurriendo una y otra vez el encuentro con la alteridad, el descubrimiento del deseo, la satisfacción del placer e ilusión de completud, la desilusión y la reconstrucción de utopías, el cuestionamiento de discursos impuestos y la elaboración de otros discursos para sostenerlos y narrar los encuentros y desencuentros que inevitablemente caracterizarán el camino de toda vida humana. Llámense teorías científicas, propuestas filosóficas, manifiestos políticos, misticismo, individuación, alquimia, psicoterapia o cartas de amor.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Butler, Judith (2006). *El género en disputa, feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Carotenuto, Aldo (2001). *Amar, traicionar. Casi una apología de la traición*. Buenos Aires: Paidós.

Curto, Roberto (2000). *Las mejores poesías chinas*. Buenos Aires: Errepar.

Eliade, Mircea (1994). *Mefistófeles y el andrógino*. Barcelona: Labor

Eliade, Mircea (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós.

Haraway, Donna (1990). *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, New York: Routledge, and London: Free Association Books.

Libis, Jean (2001). *El mito del andrógino*. Barcelona: Siruela.

Marcuse, Herbert (1981). *Eros y civilización*. Madrid: Ariel.

Platón (1998). *Diálogos*. Buenos Aires: Austral.

Rougemont, Denis de (1993). *El amor y Occidente*. Barcelona: Kairós.

Schopenhauer, Arthur (1998). *Metafísica del amor. Metafísica de la muerte*. Barcelona: Obelisco.